AÑO I. BUENOS AIRES, 7 DE AGOSTO DE 1922 N.o 30.

LA PROTESTA

Precio 10 cts. SUPLEMENTO SEMANAL Porte pago

U. Telefónica 478 B. Orden -- Redacción y Administ.: PERU 1537 -- Valores y giros a A. Barrera

ARQUISMO QUE NACE...

Estamos presenciando el magno ntecimiento de un parto filosófi- Un profesor en ocultismo, muy do a las divagaciones de todo gé- ro, así nos lo anuncia. Pero es una tima que esa anunciación se base puras abstracciones y sea más di- a que un teorema metafísico.

El anarquismo que nace... ten- que esperar que el anarquismo era. Y es fácil comprender qué o podrá salir de ese paradójico to. ¿Por qué habrá hombres que funden los palos de un gallinero los escalones de una tribuna del er? ¿Y por qué esos hombres per- en en construir sistemas filosó- os con los residuos del corral en vegetan?

na variedad infinita de ideas — residuos de ideas, mejor dicho— han concentrado en una "fórmu- filosófica". Y la filosofía de esa uela ecléctica, consiste, precisa- nte, en el rechazo de toda ideolo- que suponga un compromiso mo- con un principio político y eco- [illegible] a la vida social de pueblos. Se declara la guerra a "ideas dogmáticas", para disfra- un propósito de amoralidad sciente y calculado, y se hace ta- rasa de todos los valores filosó- os para afirmar el principio mu- le de opiniones individuales que nutren en el egoísmo, la mal- d y la estupidez ambientes.

Los profetas y los alambicadores "anarquismo nuevo", tratan de elerar su nacimiento apuñaleando la espalda al "anarquismo vie- ". El feto, sin vida aún, fragua un nplot en el vientre materno y has- proclama el exterminio de sus ge- ores. ¿Se ha dado nunca seme- te criminalidad preventiva?

n nombre de la revolución todo justifica. Los que anuncian el vo Mesías, se llaman a sí mismos olucionarios. Pero ¿lo son en rea- d? Si por revolucionario se en- de simplemente al descontento, enemigo de las instituciones ac- les, al que demuestra de alguna ma su desconformidad con los os del gobierno y del capitalis- es indudable que esos elemen- están situados en un plano sub- sivo y merecen el calificativo usan. Pero revolución social es más que lucha contra el capi- smo, que protesta de hambrien- que cambio de sistemas estata- que traslación de poderes de a otra clase social. Y los nciadores del "anarquismo nue- , radican en su "fórmula fi- fica" el nacimiento del Estado ero, parido por la revolución me- nte el empleo de la dictadura. ado, como quien dice, una patada el vientre de la madre para que ce el feto. ¿Y qué se puede es-

LOS PARASITOS Y EL ORDEN SOCIAL

La hez de la tierra, cuanto hay de bajo y horrendo, cuanto hay de cobarde e innoble, por obra de los vaivenes de estos tiempos precarios en mentalidades esclarecidas, ha surgido zampando desde la sentina de la sociedad, para erigirse en reivindicadores. ¿Reivindicadores de qué?

Reivindicadores del orden, se dicen. Sí, y lo son, estos fascistas, estos niños de la "liga patriótica", chusma burnizada, plebe de los salones, cuyo ideal de orden y armonía es el régimen carcelario y la tranquilidad de los cementerios.

En Italia, quieren regenerar al pueblo con el puñal y la bomba; aquí, embruteciendo a unos incautos, pretenden volverlos verdugos de sus hermanos: los mastines bien cebados, azuzadores del odio de clase.

Basta recordar las hazañas de Enero de estas brigadas de foragidos, para saber de todo lo que son capaces, cuando los ampara la fuerza pública y la impunidad les está asegurada.

Entonces, son feroces como los chacales, como lo son hoy en Italia, donde Mussolini, el renegado, es rey y señor...

Aquí, en cambio, Carlés no es más que un rey de Guignol, cuyas "funciones" sólo divierten a los bobos y a los malvados.

perar de semejante alumbramiento?

El anarquismo que nace... es una calamidad filosófica. Y de nada sirve que los biólogos y los filósofos de la escuela dictatorial busquen en el estudio de la historia y en la práctica de la revolución rusa elementos de juicio para presentar sus "nuevas teorías" como incontrarrestables conclusiones científicas. Una cosa es el marxismo, como su "materialismo histórico", y otra cosa el anarquismo, con su concepción libertaria y sus hipótesis científicas. Y ni la historia ni la ciencia pueden, en este caso, servir como elementos negativos del valor de nuestras teorías.

Si el "anarquismo que nace"... ha de negar los fundamentos básicos del "anarquismo que muere"— en la mente de los pontífices metafísicos del individualismo y en la conciencia de los renegados ganapanes del sindicalismo mendruguero, — si la "nueva tendencia filosófica" ha de ser lo contrario de la "vieja" ¿por qué empeñarse en llamar anarquismo a eso? Mejor sería que los filosofastros de la dictadura del proletariado comenzaran por inventar un nombre para aplicarlo a su teoría...

Lo que es anarquismo se diferencia fácilmente de lo que es marxismo. Al término medio, a lo que fluctúa entre dos aguas, se le califica en la Argentina con un nombre elocuente: camaleonismo. Y es natural que ese "anarquismo nuevo", por lo mismo que se está formando en los remansos con la acumulación de todos los desperdicios que arrastraron las correntadas durante el último temporal, sea un compuesto absurdo de diversos materiales. ¿Se puede construir así, con tan ínfimos elementos, un sistema filosófico capaz de resistir la crítica de sus adversarios?

Al anarquismo se le combate desde todos los sectores. Y el anarquismo no muere. ¿Podrán desviarlo de su cauce esos alambicadores de teorías neutras, esos filósofos de la contradicción, esos idealistas del garbanzo? Nos da pena que hombres que ayer miraban al mundo desde un ventanuco abierto en las nubes de su fantasía, hayan descendido tanto, llegando a confundir ideas con necesidades y revolución con dictadura. Y doble pena nos causa el constatar que toda su elocuencia la gasten en entonar loas a los vulgares imperativos del mondongo.

Anarquismo que muere..., anarquismo que nace... No parece sino que nos estuvieran dictando una lección biológica...

¿Cuestión obrera o cuestión humana?

¿Cuestión obrera? Formulemos bien el problema. En el fondo no hay tal cuestión obrera, sino una cuestión humana. Sobre la tierra sólo existen dos clases de hombres: los productivos y los improductivos, los que sostienen y acrecientan la vida y los que sólo la gastan o la detienen. La cuestión está en apoyar los primeros y combatir los segundos.

J. RUSKIN.

EL ESCRITOR.—

El escritor no vale como tal, sino a condición de valer como hombre. Y la obra de arte que no consigue hacer brillar una verdad de amor y de justicia, bien puede considerársela como mala. — Camille de Saint Croix.

Genios adulones

Quizá no los hubo, porque nada más contrario al genio que la falsedad, la mentira y la hipocresía. Se nos hace cuesta arriba imaginar a un Tolstoi escanciando piropos en loor de un Maeterlink o de un Benedetto Croce. Sobre el primero ya se sabe lo que dijo, y, en cuanto al segundo, ni siquiera lo tomó en cuenta.

Górki nos narra en sus apuntes biográficos sobre Tolstoi, que este al hablar de los escritores lo hacía como si todos fuesen hijos suyos, y siempre citaba los defectos antes que los méritos. En esto Tolstoi procedía con profunda sinceridad y como cumple a un verdadero hombre, cuyas flaquezas son inevitables y es pueril ocultar.

Sin embargo, si no hubo un Carlyle a un Swedenborg rastrero, hubo un Ruben Darío, capaz de hallarle talento a un Josué Quesada o a un Salinas.

Son famosas las cartas de Ruben Darío, alabando a cualquier poetastro de la peor ralea.

Gómez Carrillo, difunto en vida y escritor de la misma escuela, se hizo cuasi célebre por los ditirambos dedicados a las mediocridades más supinas y chatas de este continente. Luego viene Max Nordau, para quien Verlaine es un loco y el doctor Ceballos un genio.

Y cuando creíamos que ya se habían acabado estos escritores zorrunos, siempre en trance de hacerle largar el queso al cuervo o a los cuervos de esta tierra, he aquí que se nos viene uno nuevo.

Este flamante adulón que, sin muchos reparos, encuentra que todos los que escriben son unas notabilidades, es el señor Pérez de Ayala, corresponsal de "La Prensa".

En una crónica que publicara los otros días sobr escritores argentinos, hay adjetivos laudatorios para todos. Todos somos talentosos, todos somos colmos de sabiduría, y resulta que, Agustín Alvarez, escritor argentino, decía acerca de su tierra, que "de poco sirve que sea fértil en riquezas, si los habitantes son fértiles en imbecilidades".

Y los escritores de por aquí calzamos unos números en cuanto a intelecto...

En fin, ¿quién tendrá razón? ¿Alvarez o Ayala?

Para muchos Pérez de Ayala. Es que los mejores triunfos literarios se cosechan en la escuela de la adulonería.

El trabajo enriquece

Los diarios ingleses se ocupan de la muerte de Ernesto Shackleton y dan detalles curiosos sobre su vida. Era un hombre sumamente desinteresado y de una lealtad y envergadura moral muy rara en estos tiempos. Siempre vivió modestamente y casi todo el dinero que llegó a sus manos lo empleó para las investigaciones científicas que proyectara con un arrojo pocas veces superado por otros exploradores.

Pero murió pobre. Es decir, habiendo cumplido uno de los más grandes viajes de exploración en las regiones polares y habiendo, además, escrito varios libros admirables, apenas si pudo dejar a la mujer una suma irrisoria de dinero. Algún centenar de libras esterlinas, es todo el patrimonio heredado por la viuda.

"The Daily Miror", diario inglés, ha lanzado la voz de alarma pidiendo que se iniciara una subscripción pública en favor de la esposa de Shackleton, quien por su amor a la ciencia y a los viajes, no supo hacerse rico a fin de que los suyos no padecieran necesidades.

De este hecho cabe derivar una pequeña filosofía que, a quien mejor se aplica, es a los teóricos de la propiedad. Estos afirman que solamente el deseo de enriquecerse puede empujar a la criatura humana a realizar grandes cosas. De ahí que, según ellos, resulta utópico el sueño de los anárquicos al querer fundar una sociedad donde todos y cada uno consuma y trabaje según sus fuerzas y necesidades.

Pues bien, el caso de Shackleton, es uno, y son miles los que se mueren de hambre y sufren padecimientos indecibles por hacer aquello que les gusta, o mejor dicho, que está en su vocación el hacerlo.

Es que el verdadero trabajador, el que lo es de verdad y ama su trabajo, nunca se enriquece. El trabajo ejecutado de buena fe, con amor, dará satisfacciones morales, pero rara vez materiales.

Al contrario, empobrece y son miles los casos de grandes hombres muertos en la miseria los que podrían citarse.

Por otra parte, los burgueses no hacen más que juzgar a todo el mundo a través de ellos mismos. Su filosofía positivista es la del chanchero, enriquecido a costa del estómago de sus semejantes.

= NOTAS =

¡Por la gracia de Dios..!

El Ejército d eSalvación, que es algo así como un "Refugium animali", en donde se refugian los atorrantes del sexo masculino y algunas "atorrantas" del femenino, tiende ahora a cambiar sus funciones. En otros tiempos no tenía más prefensiones que la de *salvarnos*, poniéndonos al amparo de Cristo... Ahora trata de ponernos al *amparo* del Estado.

Fracasado su dios como poder de sugestión, apelan al Estado, de cuyas fuerzas están seguros los salvacionistas. También ellos se recuestan al sol que más calienta. En eso demuestran su desinterés...

Si se limitaran a recostarse ellos solamente, nada tendríamos que decirles; al fin no son más que animales de "refugium" y buscan el ageno calor para sus costillas. Pero no; es que también se atreven a recomendarnos el "refugium" del Estado y aún van más allá: se permiten insultar a los rebeldes, es decir, a los hombres que desprecian el *calor* del Estado.

En un periódico pazguato que editan esos atorrantes, se hacen en nuestro *favor* invocaciones como ésta:

"Omnipotente Dios: impetramos tu divina protección a favor de nuestra Nación. Te suplicamos inclines nuestros corazones al cultivo de un espíritu de subordinación y obediencia a los poderes constituidos".

Los poderes constituídos, esos poderes que matan y esquilman al proletariado sin mirar para atrás, están de parabienes; ya no es solamente la "liga", el clero, etcétera, quienes se han puesto en actividad para apuntalarlos; a todas esas plagas se vienen a sumar los atorrantes del ejército de salvación.

¡Están salvados los poderes, gracias a Dios...!

"Locuras" trágicas

Los sostenedores de la ignominia hecha régimen, no parecen dispuestos a convencerse, todavía hoy, de que esa ignominia tiene muy serios enemigos; muy serios y muy cuerdos. Y porque no quieren, o no les conviene convencerse, continúan empeñados en sostener que esos enemigos tienen que ser forzosamente locos.

Naturalmente, ¿quién que no sea un loco de remate puede atentar contra esta maravilla de régimen?...

En los últimos tiempos, y con pocos intervalos, esos defensores de la ignominia han tenido oportunidad de ocuparse de varios casos de *locura*; verdaderos arrebatos trágicos de tremendas consecuencias, que han desconcertado a esas gentes cuerdas.

Como la *locura* trágica tiende a formar escuela, el régimen social, entre temblores de pánico, no encuentra mejor recurso contra esos atentados que matar a los locos. Con ese objeto ha facultado a sus instrumentos asesinos para que no dejen vivo a ninguno de los que atenten contra uno de los suyos. Y los instrumentos cumplen al pie de la letra el mandato. ¡Para eso les pagan!

Es un recurso que no dará resultado alguno, porque la locura es un mal progresivo que ha hecho presa de sus furias a las muchedumbres hambrientas, que son a la vez enemigas declaradas de la ignominia hecha régimen. Y llegará día en que esas muchedumbres cometerán la gran locura de estrangular al régimen y sus sostenedores.

La moralidad de la ley

La moralidad del Estado — que es a la vez la de les gentes que viven cómodamente bajo la égida del régimen social presente — tiene pocas exigencias: se reduce al cumplimiento de las leyes por parte de los que no tenemos dinero, ni autoridad, ni gozamos tampoco del favor oficial.

Cumpliendo estrictamente las disposiciones legales ya podemos considerar intachable nuestra moral. Un armiño en toda su blanca pureza...

Si encontramos que el mundo está cada día más pervertido, que la depravación y la degeneración ganan terreno entre el pueblo en forma alarmante, no quiere decir con eso que la moral del Estado no impere con todas las de ley. ¡No, señor! Es sencillamente que nuestra moral tiene mayores exigencias. Cuando nosotros queremos suprimir las causas por las cuales el pueblo se pervierte en el vicio — el juego, por ejemplo — el Estado se contenta con castigar los efectos que producen esas causas; echa sus agentes detrás de los jugadores, los encarcela y los multa. Y ya está satisfecha su moralidad. Las causas han quedado en pie, pero no importa; eso servirá para seguir moralizando, para demostrar en una próxima oportunidad que el Estado se preocupa por la regeneración del ciudadano...

Claro, nosotros no estamos conformes con esa moral. Vemos que el pueblo se pervierte de manera alarmante, que marcha hacia el caos de todas las degeneraciones.

Pero debemos convencernos que esa rrupción es también legal, y por lo to está perfectamente encuadrada en moralidad del régimen.

El honor del petróleo...

Charlando sobre el feo asunto del tróleo argentino los diputados llegar hasta sacar los sables y tirarse unos cotones, sin consecuencias trágicas, mo siempre.

El petróleo ha quedado tan sucio mo estaba, es decir, el asunto en dis sión; porque si bien es cierto que duelistas han reparado sus respecti honores con el sable, de "reparar" honor del petróleo nadie se ha ocupa

Y esto es lo malo; aunque es, bién, a lo que trataban de arribar que charlan en el congreso. Para eso han batido, para que esa chiquilina gr dota que es la opinión pública con trase su atención en los duelos y se vidase del combustible y su precio consumo. Y es lo que ha ocurrido: chiquilina se ha quedado boquiabie mirando la pantomima duelística y e tanto el feo asunto del petróleo sigue sucio como antes. Nadie le ofrece que lavarse el honor...

Los diarios, esos catedráticos que enseñan cretinismo a la opinión, de al otro día de realizados los lances: cámara, remozada, podrá entrar al a trabajar de firme".

—¡Remozada! Ah, está lindo! — só la muchachota y se tragó la pild Según esto, los sables habían resu todos los asuntos pendientes. ¡Y ni quiera un mondongo había sido d do...!

¿No le parece a la opinión pública hubiera sido mejor que esas ener *caballerescas* se hubiesen gastado en parar el honor del petróleo? ¡Está averiado ese pobre! Tan averiado c el de los mismos *caballeros*.

Plegaria de juventu

No recordamos bien en que obra Scribe, uno de sus personajes dice:

—¿Porque no he de tener fe? T fe, sí, en todo el mundo... hasta veinte años; pero transcurrida esta c no creo en nadie, absolutamente en die!...

¿Continuaremos citando? No. H conocemos la amarga canción del mismo y no ignoramos que sus mod ciones más hondas son arrancadas d realidad. No intentaremos, pues, los hechos. Sí, es cierto, somos m Fatalmente, el mal pesa sobre nos como una losa. Nuestros esfuerzos can contra ella para levantarla c esperanza de que un destello de l haga. Es que, no obstante ser nuestros deseos de ser buenos son periores a la maldad. Por eso, a en una exasperación sobrehumana cemos; y, entonces, una aurora de nos abrasa.

Pero nunca tan cerca del bien, cuando los veinte años florecen en tras mejillas. Nunca se aborrece a la obscuridad, como cuando todo dia pureza en nuestro espíritu. Qui mos de un solo gesto, de una sola bestida, disipar las tinieblas que timos. Y se nos antoja que es fáci las empresas más ciclópeas y su son sencillas de ejecutar. La inde no entorpece nuestra marcha. U tución certera pone alas en nu

es. Limpios de toda experiencia, no nemos por que volver la cabeza hacia rás. Para nosotros sólo el Futuro exis- y es que las fantasías más alucinantes encienden en nuestros cerebros. "La ura de los valientes, he ahí la sabidu- de la vida", nos susurra alguién al do. Y al contemplar, a través de nues- s anhelos transfigurados, el gigante las mil cabezas que tiene aherrojado mundo, nos resulta un purgarcillo. Es, esos momento, cuando el símbolo de vid y Goliath, nos resulta simple y y natural. A todos nos abrasa el deseo ser el héroe rubio que de un hondazo tió el invencible enemigo. Y es enton- cuando todos estamos convencidos e hemos venido al mundo para ser otagonistas singulares de una epopeya, eemos que universalmente se esperan estras hazañas y nos las exigen.

Y bien, sí. Así debe ser. Jóvenes, te- mos la obligación de ser heróicos. La rca pronta a hundir su proa en lo sconocido, es muda invitación que no demos desdeñar. Y nadie debería po- rnos trabas, porque somos las tropas refresco que renovamos el espectácu- magnífico del ataque. Es cierto que demás, con su fuerza inerte contienen enemigo; mas somos nosotros los en- rgados de lograr nuevas ventajas. No- os somos quienes debemos lanzarnos cia el futuro. Retenernos, es crimen lesa humanidad. Dejad, pues, que estras primaveras florezcan con todos s caprichos y todas sus locuras. Nues- tra carga de juventud lo es de flores que inevitablemente han de caer sobre vuestras cabezas encanecidas. No nos malogréis la única ocasión de ser buenos, de ser esforzados, bellos, en fin. Sabemos que hemos de retornar al mal. Sabemos que inexorablemente, a la postre, hemos de ser sus esclavos. Por ello, dejad que la eclosión sea con toda su pujanza. Pensad que el año, como la existencia, una vez sola da flores. Creed en nostros. En nuestra sinceridad alucinante. Y el aliento perfumado de cien primaveras rejuvenecerá vuestras almas...

A pesar de todo, no os imaginéis que ignoramos la Vida... Cruel y despiadada, sabemos que, en ella, todo es lucha y guerra sin cuartel. Y no es la grupa, por cierto, lo que le enseñaremos. ¡No! Nuestros pechos tienen ansias de herirse. "Un fruto cuajado supone mil flores heladas", dice Benavente. ¿Qué importa? No es de lo que se pierde de lo que se trata, sino de lo que se gana. Quien dice que ya no son posibles los milagros? Todo es posible. Basta, en el momento dado, querer fuertemente. No es de duda nuestra situación, sino de embestida. Haced que lo irreparable lo sea más, y dejad que una alegre aquiescencia nos acompañe y, entonces, nuestra barca enracimada de ansias, de angustias y ensueños, será triunfal ariete golpeando lo Incognoscible.

AT.

Los bolcheviquis y la Revolución Rusa

Cómo el bolchevismo matò la Revolución Rusa

I

Durante los dos años que he pasado Rusia aparecieron repetidamente en diarios americanos artículos que eran chos pasar como entrevistas conmigo. gunos decían que me había transforma- políticamente, que no creía más en revolución y que había aceptado la a de gobierno. Un diario hasta pu- có una noticia sensacional a propósi- de una banderita americana que habría esto en mi habitación, y bajo la cual, decía, había erigido un altarcillo. Por o me habría convertido en una Mag- ena arrepentida por los pecados co- tidos contra el gobierno americano.

Todo esto, naturalmente, no tiene fun- mento alguno. Nunca estuve más vencida, en mi vida, de la verdad de estras ideas, nunca en mi vida tuve yor prueba de la lógica y de la jus- a del anarquismo. Pero nunca conce- entrevistas a nadie porque me fué ne- ario más de un año para formarme opinión sobre la situación trágica Rusia.

Consideraba entonces, y considero aun, el problema ruso es demasiado com- lo para poder hablar de él ligeramen- Y es precisamente por esto que en- tro superficiales todos los libros es- os por personas que fueron a Rusia mente por pocas semanas, o también pocos meses.

Mientras yo misma andaba a tientas la obscuridad, no quise expresar nin- a opinión para el público. Pero aun ndo hubiera tenido una opinión para resar no la habría confiado a los pe- listas. Sentía el deber de callar mien- las fuerzas combinadas de los im- alistas intentaban estrangular a Ru-

Más de treinta años de práctica con periodistas burgueses no me han con- ido aún de su sinceridad a pesar de poquísimas excepciones.

ero la hora del silencio ya ha pasado. ro, por lo tanto, narrar lo que he . Sé que seré mal juzgada, tanto por los reaccionarios y los enemigos de la revolución rusa, como por los que se dicen amigos y que se empeñan en confundir con la revolución el partido gobernante en Rusia.

Es necesario que yo establezca mi posición frente a unos y otros.

***

Hace cuatro años el gobierno de Estados Unidos me trataba de delincuente, arrancándome del hogar y deportándome en el corazón de la noche. Esto porque me atreví a alzar la voz contra la guerra. Había entonces preanunciado el cataclismo que la guerra traería al mundo, la destrucción, la ruina, la espantosa pérdida de vidas humanas.

Muchos de aquellos que fueron fautores de la guerra están ahora de acuerdo con nosotros y admiten que la guerra ha sido querida y financiada por un hatajo de charlatanes en provecho exclusivo de los poderosos. La "guerra por la democracia", la "guerra contra la guerra" había sumergido al mundo entero en un infierno.

Ahora el espectro del hambre pasa por todas partes, mientras los que se enriquecieron y se hicieron poderosos sobre los restos de los héroes ignotos, se inclinan ante los nuevos tiranos. No satisfechos con la matanza de millones de seres humanos, han convertido el mundo en una fortaleza, en un vasto penitenciario, donde las libertades de los pueblos, ganadas durante siglos de lucha, están completamente deshechas.

La América democrática, que una vez fué llamada "la tierra de los libres, la patria de los valientes"; Inglaterra, antes asilo de los rebeldes del mundo entero; Francia, cuna de la libertad, y muchas otras naciones más pequeñas, no son ahora más que un desierto espiritual y moral y sus puertas, un día abiertas a todos, están ahora cerradas y selladas.

Sólo los lamentos y las imprecaciones de la multitud de desocupados y los gritos de los prisioneros políticos turban el silencio de este sepulcro del pensamiento.

Nuestros gobernantes pueden felicitarse de su obra. Su conspiración les salió a pedir de boca. Su tiranía se ha plantado firmemente sobre el cuello de los pueblos del mundo. Han vencido. Pero no completamente, puesto que ahí está Rusia.

La alta banca y el militarismo no habían contado con la revolución rusa. ¡Qué falta de amabilidad la del pueblo ruso! ¡Hacer una revolución que hubiera podido incendiar al mundo entero, precisamente cuando los provechos de la guerra eran mayores y el imperialismo estaba seguro de triunfar! Era necesario hacer algo para castigar tanta "desfachatez"!

Durante la guerra contra Alemania, la engañadora palabra de orden se resumía así: "No queremos la guerra contra el pueblo alemán, sino contra el militarismo alemán y el imperialismo".

El mismo estribillo hipócrita lo oímos hoy en la cruzada decretada contra la Revolución Rusa: "No contra el pueblo ruso, sino contra los bolcheviquis, que han instigado la revolución".

Y empezó la campaña contra Rusia. Los nuevos interventores masacraron millones de rusos, el bloqueo llevó el hambre a centenares de miles de mujeres y niños y Rusia fué convertida en una inmensa llanura de desesperación y de agonía. La revolución fué aplastada y el régimen bolcheviqui se reforzó inmensamente. Este fué el resultado tangible de cuatro años de conspiración imperialista contra Rusia.

¿Cómo sucedió esto? Fué una cosa simple. El pueblo ruso, que por sí solo había hecho la revolución y estaba dispuesto a defenderla a toda costa contra los invasores, estaba demasiado ocupado en todos los frentes para poder preocuparse del enemigo interno. Y mientras los obreros y los campesinos rusos sacrificaban su vida con tanto heroísmo, el enemigo interno se desarrollaba cada vez más. Lenta pero seguramente, los bolcheviquis iban constituyendo un Estado centralizado que destruía los soviets y sofocaba poco a poco la revolución; un Estado que, como burocracia y despotismo, puede hoy parangonarse con cualquiera de las grandes potencias opresivas del mundo.

De las observaciones que he hecho en dos años de estudio de las condiciones y de la situación rusa he llegado a la segura conclusión de que si el pueblo ruso no hubiera estado continuamente amenazado por el extranjero se hubiera dado cuenta a tiempo del peligro, como se dió cuenta del que provenía de los Kolchak, los Denikin y otros iguales a ellos. Libre de los ataques contrarrevolucionarios, el pueblo habría visto claramente las verdaderas tendencias del Estado comunista y su absoluta incapacidad para reconstruir a la Rusia arruinada.

Las mismas masas habrían empezado a infundir nueva vida en las paralizadas energías sociales del país. Puede ser que también el pueblo cometiera errores. Pero al mismo tiempo habría aprendido a contar sobre sí mismo, sobre su propia fuerza y sus propias energías, las únicas que hubieran salvado a la revolución.

Y se debe a la estupidez criminal de algunos ex revolucionarios que gritaban por la intervención en Rusia, y a los capitalistas que pagaron y organizaron esa intervención, que la revolución rusa, el más grande acontecimiento de los siglos, haya sido derrotada.

A ellos se debe también si los bolcheviquis, cubiertos con el manto de la persecución, pueden continuar presentándose como símbolos de la revolución social.

Ahora yo hago pública esta ilusión fatal. No porque haya perdido la fe en la revolución, sino porque las revoluciones futuras están condenadas a un fracaso seguro si eso que Lenin llama comunismo militar fuese impuesto al mundo. Y no se crea que yo haya hecho la paz con los gobiernos porque ahora denuncio el mal que el régimen bolcheviqui ha hecho a la revolución rusa.

Al contrario; es porque la experiencia de Rusia, más que cualquier teoría, ha demostrado a la luz meridiana de los hechos que todos los gobiernos, cualesquiera sean su forma y su programa, no son más que un peso muerto que paraliza el espíritu libre y la iniciativa de las masas.

II

La revolución rusa como cambio radical del sistema económico y social para establecer el Comunismo debe considerarse ahora como un fracaso.

Al apreciar los diversos factores que sofocaron la revolución no basta con mostrar el juego de los elementos contrarrevolucionarios. Es cierto que sus delitos son tan odiosos como para condenarlos por toda la eternidad. Estos "patriotas" rusos — monárquicos, cadetes, socialistas revolucionarios de la derecha— llenaron el espacio con sus pedidos intervencionistas. ¿Qué les importaba a ellos que millones de compatriotas suyos y millares de víctimas inocentes fuesen muertas en su infame guerra contra Rusia?

Ellos vivían en perfecta seguridad; ni las balas de la Che-ka, ni la obra devastadora del hambre y del tifus podían alcanzarlos. Les costaba poco la partida patrótica. Pero todo esto es archisabido y no necesita ulteriores ilustraciones. Se sabe que los rusos y los aliados intervencionistas no eran los únicos actores en el gran drama social que acabó con la muerte de la revolución rusa. Los otros actores eran los mismos bolcheviquis. Es de su parte que quiero hablar ahora.

Quizá la revolución rusa estaba condenada desde su nacimiento. Surgida después de cuatro años de guerra, que privó a Rusia de cuanto tenía de mejor, derramó la sangre y devastó la tierra, la revolución quizá no habría tenido fuerza para resistir y vencer el ataque furioso del resto del mundo.

Según los bolcheviquis, el pueblo ruso, si bien bastante heróico para las grandes revueltas carece de la necesaria perseverancia para hacer frente a las grandes y penosas exigencias cuotidianas del período revolucionario. No creo que esto sea cierto. Pero admitido que así fuese, yo insisto en decir que no fueron tanto los ataques en la frontera cuanto los métodos insensatos y crueles vigentes en el interior los que mataron la revolución y pusieron el yugo del despotismo sobre el cuello del pueblo Los sistemas marxistas de los bolcheviquis, las tácticas primero declaradas indispensables, luego abandonadas después que trajeron miseria, desconfianza y antagonismo, fueron los factores que lentamente minaron la fe del pueblo en la revolución.

Y si hubiera una duda sobre lo que constituye el mayor peligro para una revolución — ataques exteriores o iniciativas del pueblo paralizadas en el interior — el experimento ruso debería desvanecerla. La contrarrevolución impulsada, organizada, financiada por los aliados fracasó miserablemente; no tanto a causa del heroismo del Ejército Rojo como por el entusiasmo del pueblo mismo que luchó y rechazó todos los ataques. Y sin embargo, la revolución rusa está en la agonía. ¿Cómo se explica este fenómeno?

Las causas principales no hay que ir a buscarlas lejos. Si una revolución debe sobrevivir frente a la oposición y a los obstáculos, es necesario ante todo que la antorcha de la revolución sea mantenida siempre alta delante del pueblo; es necesario que éste sienta junto a sí los latidos del pulso de la revolución. En otras palabras, es necesario que las masas sientan continuamente que la revolución es su obra, que ellas participan activamente en el trabajo ingrato de la organización de la vida nueva.

Por un breve período después de la revolución de octubre, los obreros, los campesinos, los soldados y los marineros fueron verdaderamente dueños de la revolución. Pero bien pronto la invisible mano de acero del Estado comunista empezó a desviar la revolución, a separarla del pueblo y a hacerla servir a sus fines.

Los bolcheviquis son la orden jesuítica de la iglesia marxista. Y no es que carezcan de sinceridad o que sus intenciones sean malas. Es su marxismo que ha determinado su programa, sus métodos. Esos mismos métodos que tuvieron por consecuencia destruir el fin a que tendían. Comunismo, socialismo, igualdad, libertad, todo aquello por lo que las masas rusas habían sufrido tanto martirio, fué desacreditado, ensuciado por sus tácticas, por su frase jesuíta de que "el fin justifica los medios". El cinismo y la brutalidad tomaron el puesto de las aspiraciones ideales que caracterizaron a la revolución de octubre. Toda inspira-

ción fué sofocada, se mató el interés popular, y la indiferencia y la apatía dominan. No fué la intervención o el bloqueo, sino los sistemas de política interior del Estado bolcheviqui los que apartaron al pueblo ruso de la revolución y lo llenaron de odio por todo lo que de ella emana.

"¿Para qué cambiar?", dice hoy el pueblo. "Todos los gobernantes son iguales; el pobre debe sufrir siempre". Y es este fatalismo, reforzado por siglos de sumisión, lo que ha permitido a los bolcheviquis realizar su dominación sobre Rusia. ¿Habrán aprendido ahora los bolcheviquis que no siempre el fin justifica los medios?

Es verdad todavía que Lenin se arrepiente a menudo. En cada cónclave del Partido Comunista ruso recita contrito su "mea culpa". Una vez un joven comunista me dijo: No me sorprendería si un día Lenin declarase que la Revolución de octubre fué una equivocación. Es cierto, Lenin admite sus errores; pero esto no le impide en modo alguno continuar en los viejos sistemas errados. Cada nuevo experimento es proclamado por Lenin y sus celosos colaboradores como el "non plus ultra" de la ciencia revolucionaria y política. ¡Guay de aquellos que se atreven a dudar de la eficacia o de la justicia de los nuevos métodos! Son inmediatamente señalados como contrarrevolucionarios, especuladores o bandidos.

Pero pronto Lenin se arrepiente otra vez, y escarnece a su grey llamándole estúpida por haber creído que el experimento fuese posible. Después de haber engañado durante cuatro años a Rusia y al mundo entero afirmando que en Rusia se estaba organizando el Comunismo, Lenin en el último congreso de los Soviets cubrió de ridículo a sus compañeros por su ingenuidad de creer que el Comunismo fuese hoy posible en Rusia. Y sin embargo, aún están encerrados en las prisiones aquellos que habían manifestado la misma duda tres años antes.

Sería ciertamente interesante poder pasar en revista todos los métodos ensayados por los bolcheviquis para alcanzar su fines; métodos de opresión del pueblo y representados como la quinta esencia del humano saber, pero cuyo resultado fué a la postre la destrucción de la Revolución. Pero en el ámbito restringido de un simple artículo no se puede proceder a un análisis detallado de todo lo que ha hecho el Estado bolcheviqui. Así pues, sólo me referiré por ahora a los métodos más importantes y a las fases más salientes.

La paz de Brest-Litowski señala, para nosotros, el principio de todos los males que se hubieron de verificar a continuación. Fué un desmentido rotundo de todo lo que los bolcheviquis habían proclamado ante el mundo entero: paz sin indemnizaciones, independencia de los pueblos oprimidos, abolición de la diplomacia secreta. Esto no impidió a los bolcheviquis hacer la paz con el gobierno imperial germánico sin preocuparse para nada del pueblo alemán.

El precio de la paz fué la traición a Letonia, a Finlandia, a Ukrania y a Belorusia.

Los campesinos de Ukrania y de la Rusia Blanca supieron rechazar al invasor tudesco, pero nunca han olvidado ni perdonado la traición de los bolcheviquis; sirva de prueba la permanencia en Ukrania de un millon de soldados para "reprimir el banditismo". La ratificación del tratado de Brest-Litowsk—que Trotzky se negó a suscribir y que el mismo Radek, entonces prisionero en Alemania, definía como la bancarrota de la revolución, mientras Jofe la firmaba "a ojos cerrados" — fué la señal de la larga resistencia, franca o clandestina de los campesinos de Ukrania contra el Estado bolcheviqui. Los campesinos se separaron entonces de los obreros manifestando su antagonismo por los autores de aquella paz deseada por Lenin para obtener una tregua en bien de la revolución.

Fué uno de los múltiples errores del dictador, y el más esencial de todos, puesto que con él se inició el estrangulamiento de la revolución.

Emma GOLDMAN.

Saint-Simón fué verídico; por eso tiene fama de malévolo.

Víctor Hugo, juzgado por algunos poetas

Los libros del padre Hugo, sufren ahora en Francia una revisión que, en cierto modo, tiende a colocar al gran poeta en el lugar que le corresponde. A las exageraciones de antaño, se sucede un juicio más reposado y sereno.

La cuestión se plantea del siguiente modo: ¿fué Hugo verdaderamente un gran poeta?

Es interesante, antes de contestar a esta pregunta, exhumar el juicio que otros poetas, contemporáneos o posteriores, han emitido sobre el que en vida fué reverenciado como uno de los más grandes aédas, solamente comparable a un Homero o un Dante.

George Meredith, por ejemplo, poeta y novelista inglés, cuyo sentido crítico es considerado como uno de los más amplios y capaces de situarse en el "punto medio", ha dicho lo siguiente:

"Releyendo "Les Cimbaliers du Roi", de Victor Hugo, me he convencido que la impresión que me hiciera en mi primera lectura, era completamente acertada. La aliteración es tan persistente que el oído, después de un tiempo, se siente molesto. El poder descriptivo, es innegable; pero por su superficialidad, dijérasele el mimetismo de un ser extraordinario, cuya capacidad en reflejar las cosas de este mundo, sólo lo es de una manera pasiva, pues sus versos son como un río que corre apresuradamente, copiando el paisaje. Es un río admirable de imágenes y metáforas, y lo que le falta es música, recóndita armonía. Difícilmente se encuentra una comprensión profunda de la naturaleza humana o una observación sagaz o una simpatía ferviente con las cosas. Tampoco no percibo en él ninguna de esas sutilezas, de esos vislumbres interiores de los hombres que han viajado mucho por las tierrás del Dolor. Grandes bases llenas de viento e imágenes de gran vuelo decorativo — que si me cautivaron cuando era joven hoy ya no me satisfacen.

Sin embargo, un libro hay que me parece el más vivido. Es "Los trabajadores del Mar". La tempestad que se describe es verdaderamente de un poder arrebatador. Nunca he leído nada parecido. Es un cuadro que por su fuerza y vivacidad, hace palidecer la naturaleza. Hugo, con las olas del mar abofeteá el cielo, entonando un himno que es una demostración de lo que él puede con los elementos. Indudablemente, es el más grande hijo de la Madre Tierra. Su concepción es magnificadora y su poder de realización maravilloso.

Pero no es un filósofo. Y es una desgracia, porque con un cerebro filosófico y su asombrosa energía retórica, hubiera podido ser el poeta más grande de todos los tiempos".

Si este juicio pudiera parecer severo, viniendo de un hombre que por su educación y el ambiente en que se desarrollara es necesariamente el antípoda de un poeta como Victor Hugo, escuchemos lo que dice Anatole France:

"Hugo es desmedido porque no es humano. El secreto de las almas jamás le fué revelado. No es apto para comprender ni amar. El siente con el instinto, por eso quiso asombrar. Por mucho tiempo pudo hacerlo, pero ¿es que se puede siempre?

Hugo vivió embriagado por los sonidos y los colores, con los cuales embriagó el mundo. Todo su genio consiste en esto: fué un gran visionario y un gran artista. Esto ya es mucho, pero no es todo".

Ya Barbey d'Aurevilly, condestable de las letras francesas y autor de las "Diabólicas", en sus críticas semanales, después de haber sido un ferviente admirador de Victor Hugo, hacía notar que la poesía del que era creído el primer poeta de Francia, no era, a veces, más que mala retórica. No sin faltarle razón. J. Bourdeau pudo escribir:

"En Hugo, la importancia de las ideas no corresponde al esplendor de la forma, a la incomparable riqueza de expresión: manto de púrpura recamado de piedras preciosas, cuyos centelleos disimula *maniquíes* que le fueron poco *útiles*.

Su estructura mental, por otra parte, explica su genialidad. Las palabras surgen, se empujan, se suceden con vertiginosa rapidez en su mente. Y a cada palabra, otras numerosísimas les siguen, equivalentes o contrarias.. De ahí las repeticiones, las enumeraciones, las aplicaciones, la cantidad de sinónimos y nombres propios que no tienen ningún sentido, que no obedece a causa alguna que de, cuando en cuando producen estallido de una antítesis magnífica, de una metáfora, abriéndose con toda apoteosis de un fuego de artificio. A todo esto, hay que agregarle la sugestión de la rima que provoca nuevas palabras, nuevas imágenes y pensamientos nuevos que obligan al poeta a incurrir en digresiones que nada tienen que ver con el asunto que trata.

Sin embargo, bajo su pluma la lengua francesa se tornó en un mundo nuevo, en un universo rico en colores, melodioso y apasionado".

Con todo esto, se llega a la conclusión de que Victor Hugo, fué un portento sinfonista verbal. Ignorante en filosofía, en ciencia y religión, su único guía fué el instinto. De intuición maravillosa, habló de todo sin poseer a fondo ninguno de los temas que tratara. El verbo fué más allá de la idea.

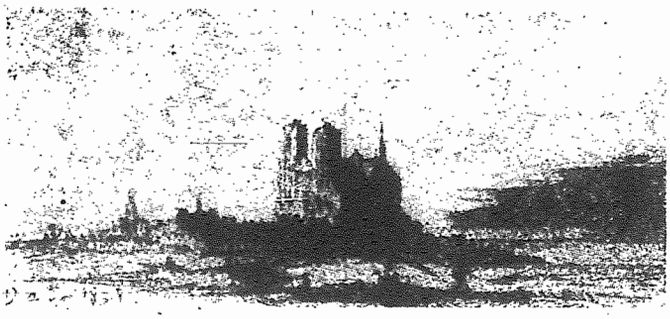
Por eso, no hay que extrañarse de su inconsecuencia en política. Tan pronto abandonó el racionalismo y la revolución del siglo XVIII para plegarse a las tradiciones monárquicas y a las creencias religiosas, como luego invectivó a las coronas y a las mitras para cantar odas a la Diosa Libertad, — a la que prestó culto en sacrificar en homenaje a Napoleón, a quien rindió su culto fervoroso. Por último, se transforma en aédo revolucionario, en bardo de las reivindicaciones populares, en profeta de una revolución que él hubiera sido el primero en repudiar, dado su temperamento eminentemente burgués de hombre práctico.

Pero nada pinta mejor a Víctor Hugo que un apunte hecho por Alfredo de Vigny, quien lo conoció íntimamente. Hélo aquí; está extractado del "journal de un poete":

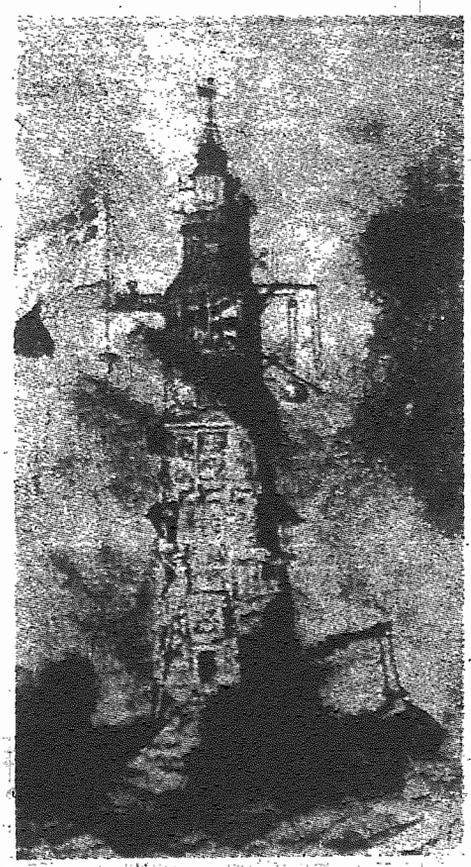
"He ido a visitar a Víctor Hugo; en su compañía se hallaba Saint Beuve y dos tipos cualquiera. Saint Beuve es un tipejo bastante feo, de cara común, abdomen esférico y gestos insinuantes, que habla haciendo muecas obsequiosas como una vieja; se expresa con cierta facilidad, tiene mucha cultura y una gran habilidad para la crítica literaria. A fuerza de ingenio ha hecho versos excelentes, sin ser un poeta por naturaleza. Muy modesto, se ha puesto a la zaga de Víctor Hugo y por él se ha hecho arrastrar a la poesía. Pero Víctor Hugo, que desde que ha venido al mundo no ha hecho otra cosa que pasar de un hombre al otro para utilizarlos, aprovecha de Saint Beuve por las enseñanzas literarias que de él pueda recabar, sin darse cuenta ha llegado a ser dominado por ese joven de espíritu quien con su influencia continuada y persuasiva, lo ha inducido a cambiar absolutamente de opinión.

En el año 1822, cuando publicaron sus obras, Víctor Hugo se hacía pasar por nacido en la Vendee, pero su madre me confesó que era de un suburbio de Chateaubriand. En aquel tiempo dactaba con sus hermanos "Conservateur litteraire"; era devoto a tal punto, que un día, en un baile, torció la vista al ver una señorita decotada como se acostumbra en ese género de fiestas y dijo: "¿No se parece a un sepulcro blanqueado?"

El escritor Chateaubrian, era su dios. Luego se disgustó con él por la indiferencia que le demostraba y dejó de visitarlo. Lamennais fué su segundo profeta; estuvo a punto de hacerse jesuita. Me ha declarado que despues de mu



LA CATEDRAL (*Sépia*)



LE PHARE D'EDDYSTONE

eflexión, se había decidido a dejar las *erechas* y me habló de los méritos de Benjamin Constant. Cree que éste, posiblemente será ministro: todo puede darse. El sabe muy bien hacer sus cálculos; ero esto me disgusta y repugna más de o que yo quisiera. —El Víctor Hugo ue yo había amado, no existía más. Era n poco fanático de devoción y realeza: era casto como una niña, tambien un poco salvaje; más todo eso le quedaba bien, lo hacía simpático y nosotros lo amábamos así. En cambio ahora se regodea con discursos licenciosos y se hace el *liberal* — ¡y no le asienta!

La verdad es que, ahora, es cuando entra en la juventud y vive después de haber escrito, mientras se debería escribir solamente después de haber vivido!!

. . . . . .

En esta última frase de Alfred de Vigny, está toda la explicación de la obra victorhuguesca: "haber escrito antes de vivir", acuciado por un afán de retórica. Ese es su mal. Y sus mismas novelas se

LE CHAR DE LA ROYAUTE

resienten de esa falla, de ese exagerado lirismo que no nos enseña nada y solo nos aturde. La experiencia, las observaciones que en élla hay, despojadas del prestigio de la forma, son absolutamente banales, cuando no disparatadas.

Sin embargo, por ese soplo de bondad que las anima, algunas de sus novelas, especialmente "Los Miserables", han hecho mucho bien en el pueblo. No profundiza, no analiza demasiado, pero divulga algo que, en aquellos tiempos, era el pan espiritual que las masas necesitaban. Fué el primer paso hacia un liberalismo que hoy nos parece ñoño y sin fuerza.

¿Es posible que haya hoy quién pueda leer con evidente fruición y provecho, esas novelas un poco densas y siempre fatigosas?

Las modas literarias vuelven, como todas las modas. Hugo fué el hombre que llegó en el momento oportuno para llevar a su máximo desarrollo una moda: el romanticismo. La reacción fué Zola con sus "Roujon Macquart", poemas de barro y fango que a su vez, no pudieron sabrarse de la influencia romántica.

De Victor Hugo quedan aún algunas fórmulas soberbias. A ella muchos son los que van, porque pocas veces hubo un forjador literario que plegase como él el verbo candente, a su antojo y capricho.

Con las palabras pudo lo que quiso, con las ideas, apenas si fué un aprendiz de filósofo. ¡Qué lejos estamos de un Carlyle , tartamudo pero trepidante de ideas e intenciones!

Otro de los aspectos de Hugo, poco conocido, es el pintor y el dibujante. Es de creer que si la poesía o la retórica no hubiese sido una pasión tan absorvente en él, hubiera podido ser tan gran pintor como fué gran poeta. Si los dibujos que aquí se publican, denotan sus cualidades de visivo, de hombre a quién todas las cosas le entran por los ojos. En ellos hay maestría y un dominio indudable del claro-obscuro y de la ley de contrastes que, en su pintura, equivale a sus grandes antítesis en poesía. Es sobre todo en sus trágicas sepias arquitecturales, en sus siluetas "rembrandescas" de catedrales góticas, en los viejos "burgos" de orillas del Rhin, donde se expresa en todo su explendor, expontáneo y vigoroso, su arte de pintor.

Se equivocaría quién creyese que la obra gráfica del autor de "La Leyenda de los Siglos" fué el resultado de una emoción pasagera. Progresivamente es como Víctor Hugo hizo su aprendizaje de dibujante. Sus libros de escuela lo atestiguan y más tarde los consejos y las enseñanzas de Louis Boulanger, Celestin Nanteuil, Devería, etc, lo adiestraron sobre la prática del "oficio", cuyos conocimientos íntimos no se adquieren sino en la escuela de la técnica.

Se sabe que para expresarse, todos los asuntos le parecían excelentes. Y Victor Hugo pintaba con todo lo que le caía bajo las manos; pinceles, plumas de ganso, lápiz, palillos, cualquier cosa entre sus dedos resultaba un prodigioso instrumento de trabajo. Y las misturas más inverosímiles de café y agua, de tinta china, de tierra siena, constituían su paleta, de donde surgían sus aguas-tintas de valores sombríos y tonos deslumbrantes, formidable combate entre el día y la noche, entre una decoración de minas humeantes y árboles derribados por el huracán.

Hubiésemos querido mostrar otro aspecto del poeta, más íntimo, menos romántico, y quizá más curioso para que se juzgara con conocimiento de causa, su prodigiosa actividad cerebral: un Victor Hugo carpintero, artista decorador, escultor y arquitecto, pero nos falta tiempo y espacio.

Otra vez será.

TRABAJO Y DEBER

He recibido de un joven burgués — por otra parte muy sincero — una carta, de la cual extracto el siguiente párrafo:

"Dices tú que nosotros nos mostramos todos los días, febriles y serios, como si nuestra ocupación tuviese una gran importancia. Pues, seguramente que tiene una gran importancia. El trabajo no es una tarea sin razón alguna; es un deber.

Contestemos: el trabajo es un deber solamente para los imbéciles y para todos aquellos que se aprovechan sin producir del trabajo ajeno.

El trabajo en la sociedad actual no es más que una imposición.

Si los trabajadores trabajasen para ellos y para una colectividad que obrase a la recíproca, el trabajo sería muy bello y resultaría una felicidad universal; pero actualmente el trabajo de los unos sólo sirve para enriquecer a los otros, quienes se constituyen en amos y señores y vejan a los mismos que los enriquecieron.

¿Por qué esa concepción del deber, cuando se trata de cumplir una función normal, como es la de trabajar, sobre todo si se ejecuta en completa libertad?

Es que hay el trabajo esclavo que repite y el trabajo libre que crea. A la mayor parte de los hombres se les ha dejado el trabajo imbécil, el trabajo cuya finalidad nunca es percibida por ellos. Cuenta Dostoyewski, en sus "Presidios de Siberia", que un día naufragó en las costas una barcaza y los presidiarios fueron enviados a la orilla para desarmarla. Como no era el trabajo forzado de todos los días, consistente en romper piedras y llevarlas de un lado a otro, sin otro fin que el de tenerlos ocupados, los presidiarios trabajaron en el desarme de esa barca con una alegría y una satisfacción nunca vista. El hecho extrañó a Dostoyewski; ¿no era todo trabajo, tanto el de romper piedras como el de quitar las cuadernas y las tablas de una embarcación?

Pero no; una, la primera, era una labor sin sentido, cuya actividad problemática no iba encaminada a satisfacer ninguna necesidad, puesto que los montones de piedras quedaban allí por años; mientras que la segunda, era una tarea útil, en la que no solamente empleaban sus brazos y sus piernas, sino también la cabeza, ya que era necesario ingeniarse para no estropear las tablas con las cuales se construiría una nueva barca. Y dice Dostoyewsky: "Mientras duró ese trabajo, fué una fiesta contínua; hasta las riñas entre los presos disminuyeron. Había que ver cómo casi todos se esmeraban en sentirse útiles; los más diestros, los que tenían alguna noción de carpintería, eran elegidos para dirigir los trabajos, al tiempo que los demás les ayudaban como podían y de todos modos. Y cuando la barca estuvo otra vez construída, fué un espectáculo bello contemplar la satisfacción y el orgullo que se reflejaba en todos los semblantes, así como era regocijante oir los comentarios y las discusiones que se entablaban entre unos y otros. "Ellos" habían construído esa barca, "ellos" habían hecho "eso", que, luego, se balancearía sobre las olas del mar con contoneos coquetos y llevaría en su seno seres tal vez más felices que ellos".

¿Cómo no hablar entonces del necesario desinterés que existe en cualquier labor y se halla arraigado en toda criatura humana, cuyo sumo goce es el de crear algo, ya una idea o un objeto?

Gorki confiesa que al oir cantar a uno de sus vagabundos — Konovalow — mientras trabajaba, amasando el pan en una panadería, comprendió que sólo se podría hacer bien lo que se tomaba como un juego y no como una imposición. En efecto, Konovalow era un excelente panadero.

La concepción bíblica de que el trabajo es una maldición, o la concepción burguesa, equiparando la tarea diaria a un deber penoso que hay que cumplir de cualquier modo, es un recurso muy hábil para mantener en la esclavitud a la mayoría de los hombres.

Es así como han hecho odiar lo que, en última instancia, es la única razón de ser del hombre en este mundo.

Y hay razones para pensar que la producción que se realiza febril y aburridamente, es estúpida y sólo podrá servir para consolidar una sociedad podrida, donde todos los individuos viven a disgusto, siendo unos pobres prisioneros de la sed de intereses creados que los envuelve y ata a un género de vida que no puede sino aborrecer.

Por suerte, nunca faltan los rebeldes, los irregulares, los que poseyendo una fuerte personalidad hacen lo que les da la gana, rompiendo con todo y emprendiendo la labor que les resulte como un juego o como un himno, por donde escalar el cielo con sus energías.

¡Un muy pobre mundo sería el nuestro si hubiese sido forjado solamente por los que consideran el trabajo, el acto de crear, como un penoso deber! Es ya aburrido y feo, pero sin el concurso de los que no tomaron su labor sino de una manera libre e independiente, sería horrible!

Cuanto hay de bello y grande en este mundo, se debe al amor y al desinterés.

A. A.

Lo que gana un escritor

A Blasco Ibáñez, el escritor con más trazas de bandolero que nos haya visitado, le han hecho un reportaje. Nada de extraño tendría esto, puesto que los periodistas reportean a veces a los peores animales y no solamente los hacen hablar, sino que hasta razonar.

Pero aquí la miga del asunto está en lo que dice Blasco Ibáñez, quien ha vuelto a la *madre patria* después de una gira triunfal y suculenta — en cuanto se refiere a los banquetes y pingües ganancias — por los Estados Unidos de Norte América.

"Los cuatro jinetes del Apocalipsis", ha sido un delirio", dice Blasco Ibáñez. "Figuráos: he recibido ofertas de editores que me proponían pagarme la novela a duro por palabra".

Es que Blasco Ibáñez sabe que un escritor moderno no es nada para el presente, si no se anuncia con todo estrépito.

¿Y qué mejor modo que anunciarse, no hablando de su talento sin precedentes ni de lo imperecedero de su obra, que está al alcance de cualquier escritor anónimo y chirle, sino de sus ganancias, de sus automóviles, de sus jardines en la Costa Azul y de sus grandes relaciones internacionales? Eso ha hecho Blasco Ibáñez, que, a su decir, gana tanto como Rudyard Kipling y como Wells, o sea uno de los tres escritores que mayores beneficios logran en el mundo. Como que ya tiene Blasco Ibáñez — seguimos transcribiendo sus afirmaciones — un millón de dólares, léase bien, de dólares, no de duros, que no son todavía moneda de prestigio internacional. Y por cada cuento corto le pagan en los Estados Unidos setecientos dólares, lo que acaso no gana un pobre escritor español no exportado aún con dos libros de cuatrocientas páginas. Un detalle se le ha olvidado a Blasco Ibáñez para que sus declaraciones tengan un carácter perfectamente yanqui: decirnos lo que gana por palabra escrita, que es la unidad comercial de trabajo en los países anglo sajones.

Podemos perdonarle a Blasco Ibáñez que desdeñe la política de su país, nunca más digna de su menosprecio que ahora; pero, ¿no hace él política, política internacional en grande, paseando por el mundo su nombre de sucesor de Cervantes, emperador de la lengua castellana?

"Creo que casi peso yo más en el mundo con mis novelas que España misma", dice con inmodestia justificada por una probable verdad. Sí, España pesa poco, muy poco en el mundo, y Blasco Ibáñez pesa enormemente. Como que cada pala-

En el pais de los Soviets

ODIOS. - ESTADOS DE ALMAS

ODIOS

1.o de Septiembre, 1920. — Vergeat y Lepetit han vuelto de su largo viaje por Ukrania.

— Viaje inolvidable, pero fatigoso, me dice Vergeat. Pero hemos sido recibidos en todas partes con un entusiasmo extremo, pero ha sido preciso discursear hasta desollarnos la garganta. El tren se detenía varias veces cada noche y debíamos celebrar mitines en todas las estaciones. A veces llegábamos a las dos de la mañana, cuando se nos esperaba la víspera a las seis de la tarde; pero el pueblo ruso es asombroso; cualquiera que fuese nuestro retardo, no se movía de la estación antes de habernos oído y aplaudido.

Hemos así debido hacer un largo rodeo, porque éramos perseguidos por las tropas de Macno.

—Machno es un compañero, interrumpió Lepetit; yo he recogido notas; lo que se cuenta aquí sobre él son "embrollos".

Caminamos a lo largo de la Moscowa, en el maravilloso parque que se extiende en la falda del *Monte de los pájaros*, sobre cuya cumbre quiere la historia que haya contemplado Napoleón el incendio de Moscú.

La revolución hizo público este parque, pero descuidó el conservarlo: las hierbas salvajes han tomado posesión de él y su belleza inculta se ha matizado de tristeza. La melancolía caía sobre nosotros con las primeras hojas muertas. El río, sin embargo, era alegre: los boteros cantaban, vestidos de blanco; una joven con calzón corto remaba en un esquife con ligereza, una canoa pasó rápida como un alción merced al esfuerzo de ocho jóvenes con los brazos desnudos. Vergeat se maravillaba: ¿cómo subsiste tal lujo en el país del hambre? ¿Quiénes eran esos sportman de inmaculados vestidos que cantaban en las canoas de anacardo? ¿Tenían, pues, tanto que comer como para gastar sus fuerzas por placer?

No es la primera vez que tal espectáculo me asombraba, pero no había nunca podido darme las explicaciones satisfactorias.

---

bra suya no valdrá menos de un duro, si es verdad lo que dice. ¿Pesa tanto su calidad? No importa saberlo. Ni sería justo pedir estrechas cuentas en ese aspecto a quien ha abierto los pingües mercados de los Estados Unidos a la literatura castellana. El es el pariente que vuelve rico y bestializado de Indias, y aunque exagere sus ganancias y abuse un poco del auto-botafumeiro, no seamos excesivamente severos con él, pues hay razones de reclame, y es necesario mantener allá en Yanquilandia el fuego sagrado de su prestigio para que el negocio continúe prosperando.

Si hubiese adoptado el mismo método para captarse a los "sauvages argentin", quizás no hubiera tenido que salir de aquí con ese renombre de persona poco honesta, que tanto ha dado que hablar.

Lo curioso sería saber si con esa fortuna de Nabab, se habrá recordado de las pobres familias de colonos valencianos que trajo aquí a la Colonia Cervantes y abandonó en el corazón del bosque en el mayor desamparo.

Ramón del Valle Inclan diz que dijo, al mentar al autor de "La Barraca": "Está hecho un cerdo y es el baldón de las letras castellanas".

La verdad es que la penetración de la literatura española en Norte América, con un embajador como Blasco Ibáñez, no es deseable ni para un país de cafres.

Lepetit concluyó con su tono irónico:

—Todo aquí es misterioso y asombroso y no comprendemos nunca nada. Vamos a bañarnos.

Fuimos. El agua estaba fría y no teníamos con qué secarnos. Yo me volví a vestir mojado, pero mis compañeros prefirieron los ejercicios físicos. ¡Qué espectáculo! Yo veo aun esos tres cuerpos desnudos, que saltaban sobre la hierba ante la noche próxima como en los bosques de la Hélade, en los tiempos bienaventurados en que los curas no habían inventado la indecencia...

El botero nos llevó a Moscú, un botero cuya indignación estallaba porque se quería nacionalizarlo. ¡Nacionalizarlo! El prefería hundir su barca. El mercader vivía en el alma de este viejo judío. A cien rublos el pasaje, podía comprarse pan blanco. Una vez nacionalizado, se transformaría en un simple empleado soviético y, por su trabajo, recibiría una sopa de arenques y un plato de "cachat".

Lepetit le dió este consejo: "Si no estás contento no tienes más que hacerte cura, sólo a los curas no se tocará nunca en Rusia". Pero el botero no conocía el francés.

Este fué nuestro último paseo...

6 de septiembre de 1920. — Lefebre, Vergeat, Lepetit, Toubiné y Abramovitch han partido para Francia.

Desde hacía cinco días mis amigos no salían. Su partida estaba fijada para mucho tiempo antes, pero Abramovitch, encargado de la repatriación de los delegados, exigía que todas las notas se le remitiesen. Lepetit, en nombre de sus camaradas, rehusaba enérgicamente. "Las notas están en mi bolsillo y no saldrán". Bajo diversas protestas Abramovitch había vuelto a la carga, pero Lepetit permanecía inflexible. Supe más tarde las razones: Lepetit y Vergeat habían aceptado de los sovietistas revolucionarios y de los anarquistas ukranianos, una misión secreta y llevaban consigo documentos que los bolcheviquis no hubieran nunca dejado pasar.

Por este hecho, su marcha había sido prolongada de día en día.

Intervino un compromiso: Lepetit guardaría sus notas, pero los otros documentos y la literatura serían metidos en valijas y expedidos directamente a París (1).

Y hoy un camión automóvil vino a buscarlos a Dielo-void-Dvor y han partido para Francia. Estaban contentos: se marchaban enriquecidos con nuevos conocimientos y dispuestos a la lucha por la liberación de los hombres.

Nosotros quedamos solos en un país hostil: nuestro sostén, nuestro consuelo, nuestra alegría partían con ellos. Las lágrimas y la tristeza quedaban en nosotros. Vergeat me abrazó: "No te hagas mala sangre, querido, tú saldrás dentro de algunos días; Zinowieff me lo ha prometido". Se estrechaban las manos, enmudecidos... y todos los que estaban allí envidiaban su suerte... Ironía amarga... De los cinco que partieron, sólo uno llegó a París. Abramovitch. ¿Por qué? ¿Cómo? No somos jueces. Constatemos. Lloremos...

Lunes 6 de diciembre. — Una noticia espantosa nos ha llegado hoy. Lacónico y terrible un radio de Reval anuncia que los camaradas Lefebre, Lepetit y Vergeat han perecido en un naufragio. El golpe me hiere en pleno corazón, como si se hundiera en mi carne un hierro candente... Mis pobres amigos, los mejores, los más puros... y cuando pienso que durante este momento la crápula se divierte, una rabia atroz me domina contra la injusticia de la suerte...

(1) Había dos valijas: una para Lepetit, Vergeat y Lefebre; otra para mí y Clement. Esas valijas no nos fueron nunca remitidas, y las gentes que debían recibirlas en París declararon no haber tenido conocimiento de ellas.

ESTADOS DE ALMAS

Es curioso constatar cómo los delegados que no eran fanáticos limitados — había algunos de éstos — y que, en su mayor parte, eran hombres inteligentes, reflexivos y conocedores de las cuestiones sociales, pasaban, con la más extrema rapidez, del entusiasmo al desfallecimiento.

Hechos, a veces anódinos, herían nuestra imaginación y nos hacían admirar o maldecir el comunismo bolcheviqueo. Pienso que no es sino después de algunos meses y después de haber aprendido al menos sucintamente, la lengua rusa, que se puede formar una opinión precisa sobre la revolución.

En las primeras semanas, nos llamaban la atención demasiadas cosas a la vez, de las cuales no apercibíamos sino las apariencias, en lugar de sus determinantes profundos: demasiadas cosas caóticas y contradictorias.

Los impulsivos reaccionaban violentamente. Raymond Lefebre volvía de algún kindergarten, de alguna escuela modelo: estaba maravillado, no sabía cómo pintarnos las bellezas de este régimen: "Es admirable, repetía con grandes gestos, es admirable". Pero Lepetit llegaba furioso e interrumpía al entusiasta: "Este régimen es innoble, rugía con su voz de bajo cuyas notas de órgano subían en el aire como una imprecación; llego a una fábrica y ¿sabéis lo que he aprendido? ¡Pues bien!, en cada fábrica hay un puesto de policía y una sección de la *tcheka* para vigilar a los obreros". Nosotros tomábamos notas e informaciones. La escuela modelo era tan admirable como la había descrito Lefebre, pero era única en Rusia y contenía 63 alumnos: era, a lo sumo, un pequeño local de experiencias pedagógicas.

La *tcheka* está ciertamente en las fábricas, pero su misión consiste en vigilar a los directores e ingenieros, cuyo origen es a menudo burgués, a fin de evitar el sabotage, para reprimir los robos hechos a la colectividad y para verificar si los reglamentos son bien aplicados; la policía es, pues, en las fábricas, una amenaza contra los obreros ladrones, pero también una salvaguardia contra los abusos de los directores.

El entusiasmo de Lefebre y la indignación de Lepetit, se reducían así a proporciones razonables. De modo semejante sucedía con todas las cosas. Se asistía a fenómenos de eudósmosis psicológica muy curiosos.

La mayor parte de los delegados habían sufrido mucho antes de llegar a Rusia; Lefebre, Lepetit, Vergeat y Tubine se habían embarcado en Envers, en un convoy de prisioneros rusos; durante quince días habían vivido en una promiscuidad piojosa, durmiendo completamente vestidos sobre el puente, sin una mala cobertura, comiendo un alimento infecto: legumbres averiadas y carne corrompida, obligados a ocultarse para hablar entre sí, por temor a que su identidad fuese descubierta, guardados como estaban por los soldados ingleses, severos y brutales. Lefebre era un herido de guerra, Lepetit era un tuberculoso, Vergeat había sufrido una dolorosa operación en el estómago: solamente los habían sostenido su voluntad indefectible, su fe revolucionaria, su esperanza de ver la tierra prometida de la revolución.

Borghi había hecho el viaje oculto en la chimenea de un vapor: "Yo no sé cómo no he reventado, narraba con su acento inimitable; estaba ahumado como un jamón".

El americano John Reed había sido detenido en Finlandia, había pasado tres meses en una celda sombría, fría y húmeda, comiendo solo un poco de pescado crudo cada día.

Luisa Brijant había navegado doce días en el océano glacial, después, perseguida por la policía, ocultándose durante el día, marchando por la noche, había en fin llegado al territorio de los soviets, con los vestidos hechos girones, muriéndose de hambre, de frío y de miseria.

Otros delegados habían sido detenidos en Alemania, en Austria, en Noruega, etc...

Su viaje era el éxodo de Egipto, la huída dolorosa por el desierto del Sinaí capitalista hacia la tierra sagrada de Canaán.

Y ellos marchaban, entre tantas penurias, con la fe de los elegidos, hacia el país de oro prometido por los profetas.

Y he aquí que la tierra prometida era tan árida como el desierto de Judá. Moisés, antes de morir, había entrevisto, desde lo alto de los montes, el país bendito de Galilea...

Los delegados creían ver el comunismo radiante, el hijo vivo y glorioso de sus sueños; pero no era aun un niño, sino apenas un esbozo, un esquema, un embrión, un feto informe. Sabían bien que el parto de los mundos, es como todos los partos, una cosa sangrienta y fea, pero veían apenas el recién nacido y no podían asegurarse de su viabilidad. Siguiendo los días y los aspectos múltiples de esta parturición difícil, declaraban que el niño sería hermoso, que sería el mesías anunciado por los libros sagrados, que llevaría al mundo dolorido, la palabra divina de la redención, o bien, al contrario, proclamaban que Rusia había parido un monstruo.

Los hechos, en sí mismos, no tenían bastante consistencia y homogeneidad para ser evidentes y definitivos; era necesario interpretarlos y cada cual lo hacía siguiendo su temperamento o su disposición de ánimo. Y además, el hombre tiene siempre tendencia a la exageración.

Me recuerdo de un día en que habíamos llevado a Dielo-void-Dvor, un documento muy importante concerniente al modo de elección de los soviets: ese documento era la prueba oficial de la posesión por el Partido Comunista de los órganos del poder. Lefebre estaba arrebatado: "En nombre de toda nuestra propaganda en Francia, en nombre del porvenir de la revolución, os suplico que no publiquéis ese documento".

—"En nombre de la propaganda, en nombre de la revolución, en nombre de la verdad, gritaba Lepetit, es preciso publicarlo".

Lo he publicado, pero han sido necesarios diez y ocho meses para comprenderlo y poder explicarlo.

Cosa curiosa, cuando salió de Moscú, después de dos meses en Rusia, Raymond Lefebre estaba muy desmoralizado; el entusiasmo que había traído de París se había descompuesto como una crema demasiado recargada, y derretida, rodaba por él como un río de desilusiones; no decía nada, estaba pensativo y triste; la realidad había chocado, en su brutal contraste, contra esta alma demasiado delicada y este ardor demasiado juvenil; parecía envenenado por el cadáver de sus propios sueños.

Rictus ha expresado este estado psicológico en un verso expresivo y brutal. *Los amores difuntos hueles a rata muerta.* Al contrario, Lepetit que, en los primeros tiempos, se expansionaba en virulencias contra los bolcheviquis, volvía más sereno y más favorable a la revolución rusa. Anarquista sindicalista era al llegar, anarquista sindicalista era al partir — más que nunca, si puedo decirlo — pero si reprobaba los métodos autoritarios y centralistas, hacia justicia a los esfuerzos revolucionarios. Los métodos pueden ser malos, los hombres pueden engañarse, pero el fin perseguido y la sinceridad de las convicciones pesan también con su peso en la balanza. Si los comunistas rusos han obtenido los soviets y hecho enmudecer la voz de sus adversarios, si su dictadura y su hegemonía política han demostrado en la práctica la impotencia y la nocibidad del Estado, aunque sea del proletario y centralista, la revolución ruso no deja de ser por eso el más grande trastorno social que haya conocido la historia humana.

La revolución rusa ha planteado, no más en teoría que en el terreno de los hechos, el problema del comunismo; ha, por sus mismos errores, mostrado a los trabajadores del mundo entero el verdadero camino a seguir. Con su sangre y sus sufrimientos, nuestros hermanos rusos han tratado, en medio de las más espantosas dificultades, de forjar el mundo futuro: el reconocimiento universal debe llegar hasta ellos.

"Rusia, ha dicho Buckarin, es el laboratorio gigantesco en que se elabora la nueva química social.

No debemos permitir que el capitalis-

mo mundial turbe esta química y estorbe las combinaciones: es nuestro primer deber. El segundo es inclinarnos sobre ese crisol y descubrir entre las escorias el oro de las verdades nuevas.

Sería locura pretender que no hay nada. Hemos estudiado, en detalle, en *La Verdad sobre los bolcheviquis*, todas las teorías y realizaciones de la Rusia contemporánea: remitimos a ese libro a nuestros lectores. Aquí, bajo la forma de relato de los hechos cotidianos de la vida rusa, penetremos en los arcanos de psicología eslava, notemos sus características, sus modalidades, su grado de evolución y podremos así distinguir lo que en la revolución es específicamente ruso y lo [illegible] orientación mundial.

Al salir de Moscú Lepetit y Vergeat habían comprendido esto y es por lo que estaban tranquilos y serenos. El destino, cruel y estúpido, no permitió que madurasen estas verdades entrevistas. Mi consuelo es que tengo la certidumbre de traducir en estas páginas un poco de su pensamiento...

MAURICIUS.

Reflexiones sobre la cultura

PARA LA PROTESTA

La cultura es diversa y, según los grados que adquiere en el desarrollo intelectual de los individuos, así aprecian éstos las ideas dominantes en el mundo. Podemos, pues, decir que la cultura general obedece a una cuestión de temperamento, de grado vital, de armonía fisio-psíquica, pero por ello sería insensato pretender demostrar la *verdad absoluta*, que sirve de terreno a las abstracciones metafísicas y en el cual no se puede edificar algo definitivo que nos convenza mútuamente de nuestros errores, obligándonos a rectificar nuestros juicios sobre el objetivismo que nos rodea y sobre nuestro propio subjetivismo.

Es preciso llevar a la realidad los productos de la imaginación, no para limitar al hombre en su vida afectiva, sino con el buen deseo de establecer hechos positivos que, por su repetición y constancia, nos den la medida aproximada de los elementos ponderables de nuestro mundo, en el que únicamente puede afirmarse la verdad universal, que considera al hombre como un producto de la naturaleza, con la que ha de estar de acuerdo, para realizar armoniosamente su evolución. Afirmar esta consecuencia, equivale a hacer evidente la igualdad de deberes y derechos que nos son ingénitos.

Las jerarquías sociales, las superioridades e inferioridades en que la humanidad se divide, no son más que asuntos de arbitrariedad, producto obligado del desequilibrio de lo que ha dado en llamarse civilización y cuyo efecto más inmediato es precisamente el ansia de dominio, del que nace el principio nefando del autoritarismo. Tan fuera de razón nos parece proclamar la autoridad legislativa como la de la inteligencia. El más preclaro sabio puede, a veces, aprender algo del ignorante y nadie puede vanagloriarse a justo título de poseer la omnisciencia. Por eso juzgamos temerario establecer una dualidad en la cultura... ¿Qué es eso de espíritus superiores y qué significación dá la *élite* al término de *plebe instruída?*... En el estado actual de nuestra evolución, tales términos se parangonan con el sofisma y el desbarajuste social, peró ante la razón natural no caben *distinciones aristocráticas*. Sólo existen cerebros que piensan y conciben con más o menos fuerza, según las circunstancias que les rodean o las predisposiciones hereditarias que posean. Pero de las buenas cualidades germinativas no puede tampoco hacerse un privilegio autoritario, como tampoco debe hacerse un estigma de productos inferiores. La educación y el modo de vivir tienen su influencia, decisiva a veces, para que la selección se realice al revés, es decir, para que crezcan y perduren los débiles y se atrofien y perezcan los mejor dotados, lo que no sucedería si la sociedad no estuviese cimentada en falsos valores y si todos pudiesen lograr, por una educación natural, desarrollar integramente todas sus capacidades individuales, sin restricción ni violencias de ninguna clase. Claro que así todo se reduce a un problema pedagógico, en el que se mezclan y no se confunden la libertad del pensamiento y su extensión, porque en el terreno experimental de las relaciones humanas, todos estamos sujetos a las mismas leyes físicas y a las mismas necesidades perentorias. La tendencia universal debiera, pues, precisarse en la preparación adecuada para obedecer naturalmente esas leyes del cosmos y satisfacer plenamente esas materialidades a que nuestro organismo animal nos sujeta. Esto es ser partidario de Epicuro, no del que han deformado sus infieles discípulos, sino del que supo libertar las conciencias del temor de los dioses y distinguió las necesidades naturales que hacen fuerte y feliz al hombre de todas las demás que le fuerzan a ser cobarde y servil. Somos, pues, materialistas, porque no podemos separar las funciones de la evolución super-orgánica de las simplemente orgánicas y por eso nos distanciamos fundamentalmente del *concepto espiritualista aristocrático*. Y puesto que estamos en la pendiente de las herejías, como negadores de autoridad, nos vamos a atrever también a proclamar la necesidad de *vulgarizar* la cultura. Si bien es cierto que el vulgo no conoce más que la parte superficial de las cosas y no sabe abstraerlas del sentido inmediato y utilitario, no es menos cierto también que la inteligencia humana va siempre de lo simple a lo compuesto y que alcanza su máximo desarrolo cuando llega a conocer el mayor número posible de relaciones entre las causas y los efectos comprobables y puede coordinarlas para su mayor felicidad, considerada en su doble aspecto, noblemente egoísta y generosamente altruista. Es, pues, necesaria la vulgarización de todo lo que se conoce, para que cada uno se asimile la parte adecuada a su capacidad o comprensión, lo que no significa que las ideas se hagán más pequeñas, pues lo que es grande en esencia, grande sigue siendo aún en la divulgación, a no ser que fatalmente haya cumplido su ciclo de evolución y esté condenado a desaparecer. Entendemos así simplificar las cuestiones espirituales, darles unidad, reducirlas a un sentido de humanidad. Pero nuestra osadía no llega a atacar el dominio limitado, esotérico, personal, de la ideología. Aquí entramos de lleno en los problemas que plantea la metafísica, que no son utilitarios, pero que tienen una utilidad mediata, imprecisa, porque poseen la belleza poética y la viveza fantástica e imaginativa, siempre y cuando no hagan afirmaciones absolutas y sigan siendo puramente enigmáticas, aunque tiendan naturalmente a dar explicaciones posibles, a sentar hipótesis provisionales. Es indudable que no todos poseen la misma fuerza de concepción mental, que son muy raros los que sueñan despiertos cosas muy bellas y lejanas, pero no por eso, hemos de creer en el mundo de las apariencias, donde se forjan las más encontradas lucubraciones, ese mundo de las idealidades, reservado únicamente a los *elegidos*, a los soberbios que se creen con bastante razón para dictar o anatematizar al resto de los mortales.

Queriendo poner muros a la sabiduría, se cae en los extremos tiránicos del dogma y del sacerdocio y aunque se engalane con todos los atavíos del arte, resultará que la tal sabiduría restringida habrá perdido su *esencia*, porque quedará imbuída de los atavismos religiosos y no se podrá avenir con el espíritu libre, que tiene su expresión adecuada en esta premisa: La riqueza material, tanto como la intelectual, es el patrimonio de la humanidad toda y en su acumulación han intervenido muchísimos factores, grandes y pequeños. En ese inmenso caudal todos pueden hallar su satisfacción integral.

He aquí, en conclusión, la iniciación a la moral universal, objetiva y utilitaria, que se separa de toda idea metafísica, que es exclusivamente subjetiva, espiritual y quimérica y cuya belleza se aprecia del mismo modo, o sea por los grados de afinidad individual que con ella se tienen.

Costa ISCAR.

Un manifiesto de encargo

ELOGIOS, REPROCHES Y CONSEJOS DE LA SINDICAL ROJA

En el diario de los "comunistas" se publicó un "hermoso" manifiesto, que la I. S. R dirige a "todo" el proletariado de la Argentina. ¿Qué se le dice, en ese manifiesto hecho de encargo, a los trabajadores organizados de este país? Lo mismo que han dicho, en todos los momentos que creyeron oportunos, los jefes "comunistas" que regentean las Internacionales de Moscú, a "todos" los obreros de todos los países.

La Sindical Roja debe efectuar próximamente su segundo congreso. Es necesario, ya que el movimiento sindicalista se "descentró" de Moscú, buscar el medio de conseguir delegaciones, aun cuando sean de relleno. -- Seguramente el "obrero" Ghioldi ya se estará preparando para un viajecito de recreo, a fin de representar en Moscú a las "minorías sindicales comunistas" de la Argentina, que sólo existen en la imaginación tropical de los bolcheviquis criollos.

Nadie ignora que el elemento que prevalece actualmente en las organizaciones y en las directivas de la U. S. A. — sindicalistas "amsterdamnianos" y ex anarquistas "apolíticos" —, está bastante lejos de aceptar los "buenos consejos" de Moscú. El llamado congreso de unidad, por mayoría absoluta, rechazó la adhesion a la Sindical Roja, y los dirigentes "usados", desde su órgano de publicidad, insinuaron la conveniencia de adherirse al proyecto de constitución de la Internacional Sindicalista Revolucionaria. Unicamente, pues, interesa a los "comunistas" ese manifiesto que la I. S. R. dirige a "todo" el proletariado de la Argentina, y es más que seguro que fué hecho de encargo para dar lugar a una reiniciación de la campaña en pro de las Internacionales de Moscú.

Pero no son las "intenciones" que se persiguen con ese manifiesto, las que nos interesan a nosotros y nos mueven a comentar tan "hermoso" ejemplar de "diplomacia sindical". Es lo que se dice a "todo" el proletariado de la Argentina en ese documento "comunista" (elogios, reproches, consejos), lo que nos mueve a puntualizar ciertas cosas sorprendentes, dichas con ese desparpajo tan común en los que se consideran infalibles directores espirituales del proletariado internacional.

El autor del manifiesto que comentamos desconoce el movimiento social de la Argentina. Sobre unas anotaciones facilitadas por quien le hizo ese "encargo", elaboró su lamado a los trabajadores de este país, empleando los mismos argumentos que se estilan en Moscú para elogiar, reprochar o aconsejar a los habitantes del Kurdistan o de la Polinesia... Y así, de oídas, inspirándose en un informe remitido de "contrabando", el autor del manifiesto habla del "grato acontecimiento de la unificación" del proletariado argentino, suponiendo que en realidad se ha producido ese acontecimiento...

También se sabe en Moscú, de oídas, que la F. O. R. A. Comunista — la misma que "representó" Tom Barker en el congreso constituyente de la Sindical Roja — no hizo la "unificación". Y ese acto "divisionista", que echa a perder el "grato acontecimiento", es causa para que la Sindical Roja nos diga lo siguiente:

"El proletariado internacional revolucionario, puede ciertamente observar con triste sorpresa y vivo dolor cómo los dirigentes de la F. O. R. A. C. han impedido con su boicotage que todo el proletariado organizado argentino se fusionase en un solo organismo, prometedor de los más bellos éxitos; pero la viva esperanza — que la ceguera de los pocos, tendiente a posponer los intereses generales de las masas trabajadoras a su mezquino sectarismo —, será asegurada por el instinto saludable de las masas que indican a cada obrero cómo la salvación está en la unión de todos los explotados contra todos los explotadores, lo cual da suficiente confianza en que bien pronto toda la organización de la F. O. R. A. C. determinará fundir sus fuerzas con las de la Unión Sindical Argentina, o de lo contrario las masas obreras que están organizadas en ella terminarán por ejecutar ellas mismas este indispensable acto benéfico, aunque fuere pasando sobre las cabezas de sus dirigentes enceguecidos de sectarismo".

La recomendación y el reproche no puede ser más grato a los "usistas". Desde Moscúú nos lanzan el anatema, ya se sabe que en aquella Meca del "comunismo" se distribuyen hoy las patentes de revolucionario, se sancionan los castigos por herejía y se otorgan las gracias divinas a los fieles del rito bolcheviqui.

Pero es el caso que ese "grato acontecimiento" no es una realidad ni para la misma U. S. A. Los elementos que manejaban la ex Fora del XI, renegaron de Amsterdam, no por convicciones ni por simpatías con Moscú, sino para contener el desbande de sus sindicatos y conformar a los políticos comunistas. Y es un hecho que no merece siquiera discusión, que los sindicalistas criollos ocupan hoy, frente a la Sindical Roja, la misma posición que ocupaban cuando estaban en la Internacional de Amsterdam.

Aquello de: "O con Amsterdam o con Moscú", no reza para los actuales dirigentes de la U. S. A. Si la F. O. R. A. C. está, aduciendo incompatibilidad de principios abiertamente contra la Sindical Roja, la U. S. A. ocupa una posición análoga, precisamente porque en el "neutralismo" está la base de su unidad orgánica. La fusión de la ex Fora del XI con algunos gremios autónomos, se basa en la más absoluta prescindencia en cuanto al problema de las Internacionales. Y la adhesión a Moscú significaría la prevalencia de los "comunistas" en esa fracción del proletariado argentino, cosa que no existe por ahora. El "sindicalismo",

reforzado por los elementos "apolíticos", mantiene su situación frente a toda corriente que trate de encauzarlo por el camino de las definiciones claras y precisas, porque en la ambigüedad está su razón de vida.

En el manifiesto de la Sindical Roja, después de los elogios a la U. S. A. y los reproches a la F. O. R. A. Comunista, se constata la pobreza de ese "grato acontecimiento". ¿Habéis hecho la fusión, dice Moscú, pero no completamente... Salistéis de Amsterdam, pero no os metistéis en Moscú. Y eso, naturalmente, es un grave error de táctica, una imperdonable herejía, un pecado mortal que no podrán perdonar los pontífices del "comunismo".

Que una organización repudie a los traidores de la Internacional de Amsterdam, ya es un buen paso hacia la "unificación" que propician los bolcheviquis. Pero la completa "unificación" se hace ingresando en la Sindical Roja. El método para otorgar patente de revolucionario, no puede ser más sencillo. ¿Qué importa que los dirigentes y hasta la misma masa de una organización que integraba la Internacional amarilla, al pasar a la I. S. R. siga siendo, en el propio país, tan reformista como antes? La cuestión consiste en tener representaciones nacionales, aun cuando sean de la peor especie, porque la Sindical Roja necesita de ese punto de apoyo para demostrar su existencia como organismo representativo del proletariado internacional.

La satisfacción que pudo haber causado en Moscú el "congreso de unidad" que parió a la U. S. A. no es comparable con la que le produciría si se hubiese adherido a la Sindical Roja. De ahí que, en el manifiesto que comentamos, se formulen al "grato acontecimiento" las siguientes objecciones:

"1) Vuestro Congreso, habiendo empleado un tiempo exageradamente excesivo (seis largos días!) para discutir sus credenciales, ha ahogado toda discusión sobre todo cuanto debió haber interesado y ocupado a los congresistas.

"2) Ninguna discusión se ha hecho, ni ninguna resolución se ha tomado sobre las cuestiones que conciernen a la táctica, (cómo luchar contra la ofensiva burguesa y con cuáles medios; la cuestión del frente único), y sobre aquellas que conciernen a los consejos de fábrica, al contralor obrero, a la defensa contra la desocupación, etc. De donde deriva que la nueva organización, la Unión S. Argentina, no halla, como guía de su trabajo diario, el programa práctico que habría sido necesario para darle la dirección y la capacidad de acción rápida y oportuna, para responder en cada momento a las exigencias de la lucha de clases, siempre más áspera y compleja.

"La Unión Sindical Argentina viene a encontrarse, pues, en una no fácil e ingrata situación, especialmente ante las masas trabajadoras de vuestro país, que después de la unificación esperan de ella la enérgica, efectiva, hábil defensa de los propios intereses.

"3) El Congreso se ha disuelto estableciendo, hasta por el estatuto que se resiente demasiado del apuro con que ha sido redactado y que no ha tenido en cuenta las experiencias hechas en la materia por el proletariado revolucionario de los otros países, de reconvocarse a los dos años..."

Y como hasta después que pasen esos dos años, los "comunistas" no podrán cambiar las "orientaciones apolíticas" de la U. S. A. ni ensayar un nuevo golpe para adherirla a la Sindical Roja, es lógico que Moscú se lamente de esa falta de definición en lo que respecta al problema internacional. Si la F. O. R. A. Comuniscta hubiera concurrido al congreso de unificación ¿ganaría con ello algo la tendencia bolcheviqui? Al contrario, la derrota de los partidarios de Moscú hubiera sido más completa.

No es la unidad del proletariado argentino lo que interesa a los "comunistas", sino la orientación de los organismos obreros hacia la política de Moscú. Y esto está bien evidente en la 4.a objección hecha por la Sindical Roja al llamado congreso unificador. Véase lo que dice esa 4.a objección:

"4) El Congreso, aunque habiendo establecido romper toda relación con la Internacional Sindical amarilla de Amsterdam, no ha resuelto la adhesión a la Internacional Sindical de Moscú. Antes bien, la discusión sobre el asunto ha sido insuficiente y rápida, como si se tratase de una cuestión de segundo orden

Sin embargo, camaradas obreros de la Argentina, la cuestión de las relaciones internacionales, que va conexa a la necesidad de formar parte de un organismo que agrupe a todo el proletariado internacional y que afronte decididamente la lucha defensiva y ofensiva contra la burguesía, constituye la más vital cuestión que interesa a las clases trabajadoras del mundo entero".

El reproche entraña algo más que una simple objección. Para los "comunistas", salir de Amsterdam significa meterse en Moscú. No conciben otro término de comparación para distinguir lo que es reformista de lo que es revolucionario. Amsterdam representa el movimiento obrero reformista; Moscú el revolucionario. Y no estar con Amsterdam ni con Moscú, para los "comunistas", significa mantener el divisionismo en el campo obrero, en sus fases nacional e internacional.

Todo el contenido del manifiesto dirigido por la Sindical Roja a "todos" los trabajadores de la Argentina, aparte de los elogios a la U. S. A. y los reproches a la F. O. R. A. Comunista, es a base de consejos. "Venid a Moscú, que aquí está la Meca de la revolución", parecen decirnos los santones de la Sindical Roja. Y como esa ida es un poco difícil después del rechazo de esa Internacional por parte de la F. O. R. A. Comunista y después del "grato acontecimiento" — al menos por dos años, en lo que respecta a la U. S. A. —, Moscú oficia de gratuito consejero del proletariado de la Argentina y propone la "convocación rápida de un congreso sindical general, en que intervengan no sólo la U. S. A., sino también la F. O. R. A. Comunista y las eventuales pequeñas organizaciones autónomas (los ferroviarios ¿no?) que por desgracia todavía existen separadamente".

Moscú, pues, reconoce que no se hizo la fusión y aconseja un nuevo congreso "unificador", el que tendría por objeto:

"1) Completar la obra de fusión iniciada con el precedente, y tendría por objeto:

2) Fijar claramente el propio programa y la propia táctica, dando a las masas trabajadoras para cada cuestión que se le plantee, la solución práctica oportuna.

"3) Decidir definitivamente, saliendo del estéril y dañoso aislamiento, la adhesión a una u otra de las dos Internacionales Sindicales: Amsterdam o Moscú".

No es la unificación nacional del proletariado de la Argentina lo que interesa a Moscú, sinò eso que llama la solución del problema táctico y teórico: la adhesión a la Sindical Roja. Y otra cosa no podía decir Moscú en ese manifiesto de encargo. Lo que interesa al grupo "comunista", es renovar las discusiones en torno a ese problema internacional, porque del confusionismo que siembren entre la masa obrera sacarán provecho los que, en el movimiento sindical de la Argentina, no tienen un punto de ubicación. La fracción política que sigue entre nosotros las inspiraciones de la Tercera Internacional, trata de crearse un movimiento sindical que responda a su política, y eso sólo será posible dividiendo más de lo que está al proletariado.

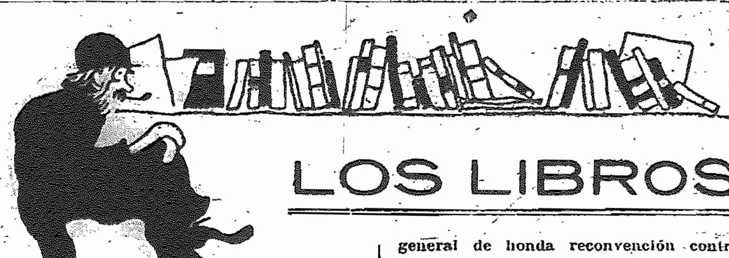
El manifiesto de la Sindical Roja, podrá ser un recurso en manos de los políticos comunistas a fin de renovar sus tentativas de asalto a las organizaciones obreras. Pero no se analiza en ese documento hecho de encargo, el problema de la unificación del proletariado de acuerdo con las características de nuestro movimiento sindical. Y este solo antecedente basta y sobra para descartar los efectos que pudiera producir la "encíclica" de los santones de Moscú en el ánimo de los trabajadores que no comulgan con ruedas de molino comunistas...

La unificación de los trabajadores revolucionarios ya está hecha. Y la de los reformistas también. Y ya verá Moscú, cómo el espíritu de Amsterdam resucita en la U. S. A. y como los mismos "comunistas" terminarán por camaleonizarse.

El peligro está ahí: en el camaleonismo. Y para combatir esa plaga reformista, lo mejor es ponerse frente a Amsterdam y frente a Moscú. Es lo que hemos hecho los anárquistas, que conocemos demasiado las mañas de ese animalito que tiene la virtud de cambiar continuamente de color.

Y que nos perdone esta irreverencia el paternal miembro del ejecutivo de la Internacional Sindical Roja, que hizo ese manifiesto de encargo para "todo" el proletariado de la Argentina. Al fin y al cabo, ya somos mayores de edad y los consejos nos revientan, por muy paternales que sean.

XAXARA.



LOS LIBROS

LA ARGENTINA. (Estado social de un pueblo).

Por Alberto Ghiraldo

Ciertamente, es muy bello este libro que acaba de publicar nuestro compañero Alberto Ghiraldo en Madrid. Y, sobre todo, es bello por la clara valentía que campea en cada una de sus páginas.

Raros son, en estas horas turbias de cobardía universal, los escritores independientes, capaces de afrontar una situación de responsabilidad, manifestando su asco por esta vida moderna de sórdido materialismo.

Y a estos raros, a estos irreductibles, a estos escritores que cuando empuñan la pluma es para hacer brillar una verdad de justicia y amor, les debemos toda nuestra gratitud. Su voz, al elevarse, es la voz varonil y ardiente que todos ansiábamos oír para saber que alguien había que, en la obscuridad del silencio y del destierro, no estaba de acuerdo con la baja moral del ambiente y las canalladas aplaudidas por todo el mundo eran fustigadas con sincera indignación. Y así es este volumen de Ghiraldo.

Sin embargo, no es un libro tendencioso, en la acepción vulgar que se le puede dar a esta palabra, sino un libro de serenidad y de contenido dolor, en el que se refleja la realidad argentina tal como la hemos vivido desde hace muchos años.

La rara imparcialidad con que se hace crónica e historia de todos los acontecimientos acaecidos en el país desde 15 años a esta parte, es el mayor mérito de este volumen que deberían leer todos los argentinos patriotas que de verdad anhelan el engrandecimiento moral de su patria.

En él hallarán enseñanzas que, de ser escuchadas y puestas en práctica, podrían conducirlos por un camino de enmienda, provechoso para todos. Pero es posible formular esperanza tan ingenua?

Los tigres podrán librarse de su jaula, difícilmente de su piel manchada, ha dicho alguien con harta razón.

Cabe, pues, hacer resaltar que a pesar de todo — y con muchos derechos a serlo — no es un libro de invectivas o de condenaciones truculentas, sino una clara y serena exposición de hechos en la que prima una buena fe absoluta y una ingenuidad noble, propia de un poeta, cuya generosidad de sentimientos le induce a creer en la posible regeneración de ciertos hombres.

Requisitoria tanto más eficaz, cuanto que no se extralimita nunca, conserva siempre una severa medida en su tono general de honda reconvención contra los dirigentes de estas tierras, falsos herederos de los héroes de Mayo. Asimismo, está encaminado a destruir las mentidas leyendas, echadas a volar por el continente europeo, acerca de la Argentina. Pone cada cosa en su lugar, dando una visión plástica de la realidad. Su sello es inconfundible, y de ahí que el que ignora la vida argentina pero tiene cierta experiencia de la vida social de los demás pueblos, comprende que cuanto se dice en esas páginas, no puede ser otra cosa que la escueta verdad. Sí, en las aguas de ese espejo, nuestra vida se refleja tal como es. Y tal como es, al lector desapasionado e imparcial ha de causarle horror. En verdad, vivimos como pobres bestiezuelas cobardes, aceptando y acatándolo todo con tal que nos dejen llenar tranquilamente el buche. Nuestra vida como pueblo no tiene otra finalidad que la de ponernos en cualquier postura por indigna y onerosa que ésta sea siempre que nos fructúen algunos dineros. ¡Dinero, dinero! es nuestro grito — aunque las orejas del rey Midas, denuncien luego nuestros orígenes y nos imposibiliten hacer de ese dinero un uso cuerdo y razonable.

En una palabra, conducimos una vida de bestias, y esto sea dicho en el peor sentido de la palabra, pues los animales, obedeciendo a las leyes naturales, son mucho más decentes que un argentino del siglo XX.

Todo esto es lo que nos recuerda Ghiraldo con su libro de fuerte envergadura y generosa ilusión, ya que para cambiarnos o hacer estremecer la piel de paquidermo de nuestras clases dirigentes, se necesitaría el látigo de Juvenal y no una noble exposición de hechos que todos aquí conocemos y, sin embargo, callamos y negaremos, si se presenta la ocasión.

El instante cenital

Cada botón no florece más que una vez y cada flor no tiene más que un minuto de perfecta belleza. Así, en el jardín del alma, cada sentimiento tiene su minuto floral, esto es, sumamente único de gracia esplendente y de radiante majestad. El astro no pasa más que una vez cada noche por el meridiano sobre nuestras cabezas y no brilla en él más que un instante; así en el ciclo de la inteligencia no hay, si puedo atreverme a decirlo, más que un instante cenital, y en él que fulgura con todo su brillo y en su soberana grandeza. Artista, poeta, pensador, apodérate de tus ideas y sentimientos en ese punto preciso y fugitivo, para fijarlo o eternizarlo, porque es el punto supremo.

Antes de ese instante, no tienes más que confusos esbozos o obscuros presentimientos; después de él, no tendrás más que reminiscencias debilitadas y arrepentimientos impotentes.

Medita: ese instante es el ideal.

AMIEL